



Una mezquita para un murciano

José Luis Tudela Camacho

Resumen

Abu Al-Abbas, llamado El-Mursi (“El Murciano” en árabe) todavía no tiene en Murcia, la tierra que sostuvo sus primeros pasos, ni una pobre calle que lo recuerde, a pesar de que es muy venerado en Alejandría de Egipto. Una hermosa mezquita sobre su tumba lo corrobora desde hace siglos. No es nuestra intención aportar nuevos datos sobre este personaje, pero debemos divulgar y reivindicar una figura tan importante, al menos como pequeño desagravio.

Palabras clave

El-Mursi, Alejandría, Mezquita, Murcia, Saladíes, Ibn Sabín, Abenarabí, Sufies.

A mosque for a Murcian

Abstract

Abu Al-Abbas, called El-Mursi (“El Murciano” in Arabic) still does not have in Murcia, the land that held its first steps, nor a poor street that has its name, although it is very venerated in Alexandria of Egypt. A beautiful mosque on his grave corroborates it for centuries. It is not our intention to provide new information about this character, but we must disclose and claim such an important figure, at least as a small redress.

Keywords

El-Mursi, Alexandria, Mosque, Murcia, Saladies, Ibn Sabín, Abenarabí, Sufies.

El alminar es muy alto. El alminar clava en el cielo de la tarde sus pretensiones de mástil. Y le añade una luna en creciente. Como un buque desafiando al oleaje, la mezquita de Al-Mursi ha llegado hasta nosotros a través de los siglos ostentando elevados muros (dicen de hasta veintitrés metros) revestidos de buena piedra, mantenida por columnas de granito italiano, cerca del puerto oriental de Alejandría y del antiguo templo de Isis en el cabo Loquias. Nave que regresa lentamente desde otro tiempo. Una extraordinaria muestra de la última grandeza de esa urbe mediterránea fundada por el conquistador heleno. Tal como la conocemos, la Mezquita de Abu Al-Abbas Al-Mursi construye un puente perfecto entre la Murcia medieval y el Egipto de nuestros días.

Cae el sol tras la antigua isla de Faro. Los últimos visitantes de la Mezquita transitan sosegados por la plaza, mientras huyen sus sombras hacia el mar y la noche, y una brisa los envuelve ya en el fresco de diciembre. Pronto hará frío, pero dentro del recinto alguien todavía musita sus penúltimas plegarias del día ante la tumba del sabio, tal vez pidiendo protección para su familia en este atribulado comienzo de siglo. Una pareja de recién casados salen del mausoleo tras solicitar bendiciones para su nueva etapa. Así, continuamente, todos los días alejandrinos y demás egipcios de bien rinden visitas a la tumba del místico murciano para que

su eterno numen proteja matrimonios, embarazos, nacimientos, negocios, familias... lo que suele hacerse en este tipo de santuarios en otras partes del mundo. El murciano Abu Al-Abbas sentiría tal vez cierta incomodidad por este tipo de manifestaciones ante su tumba, pero no tanto por el éxito que el devenir de los tiempos ha reservado a sus enseñanzas, después de casi ochocientos años.

Años inciertos

Abu Al-Abbas Ahmad Ben Umar Al-Ansari, luego llamado Al-Mursi, nació en 1219 en la ciudad de Murcia, todavía gobernada por los almohades, aunque éstos ya habían sufrido su primera gran derrota en Las Navas de Tolosa, en 1212, ante una coalición de tropas lideradas por Alfonso VIII de Castilla. En Las Navas murieron miles de soldados islámicos del califa Mohamed Al-Nasir, más conocido como Miramamolín. Este desastre debilitó a los almohades y abrió las puertas de Andalucía para la conquista cristiana. Al-Mursi (así lo llamaremos) crecía, todavía ajeno al azar de los tiempos, en el seno de una acaudalada familia formada por un comerciante de tejidos, que debía de tener numerosos contactos en puertos del Mediterráneo. Cuando el niño llegó aproximadamente a los nueve años, Ibn Hud y los suyos se rebelaron contra el ineficiente gobierno



Plenitud de la tarde sobre el mausoleo y mezquita de Abu Abbas El-Mursi en Alejandría de Egipto

almohade en el Valle de Ricote, centro del antiguo reino murciano, y consiguieron independizar el territorio del Sureste de Hispania, llegando en sus conquistas sucesivas incluso a Sevilla y Córdoba.

Mientras, Al-Mursi era educado en los preceptos del Islam y en algunas de las numerosas y variadas disciplinas que por entonces podían enseñarse en Murcia, ya que sabios maestros no faltaban, desde luego. Tras las conquistas castellanas de Andalucía, Ibn Hud tuvo que retroceder hasta sus antiguos límites del antiguo Reino de Murcia, y rendir vasallaje a los reyes de Castilla, que impusieron una elevada fiscalidad al Reino a cambio de una supuesta paz. Ibn Hud murió pronto, en 1238, en un reino empobrecido y enervado por la recaudación de impuestos. Sus sucesores solo pudieron mantener la independencia durante cinco años más, hasta la entrada de tropas castellanas en los castillos y ciudades de Murcia después del tratado de Alcaraz en 1243. La familia de Abu Al-Abbas ya se había exiliado de Murcia el año anterior, y se ahorró de ver los abusos de los soldados castellanos, la sangrienta rebelión de los moriscos murcianos en 1264 contra el rey Alfonso X, y también el posterior sometimiento de

todo el territorio sublevado al rey Jaime I de Aragón, suegro del castellano, en el año siguiente. Un buen número de la población islámica de Murcia no fue testigo de estos acontecimientos, pues tuvo la fortuna de marcharse antes, a Granada o al norte de África.

Cuentan algunas fuentes que el padre de Abu Al-Abbas salió de Murcia con la intención de hacer la preceptiva peregrinación a La Meca, pero estamos más inclinados a creer que, en realidad, dada la situación política del levante hispano, pretendiera exiliarse para siempre, como tantos otros hicieron. Lo cierto es que los Abbas arribaron a las costas de Túnez, náufragos tras una desastrosa tempestad, o con todas sus pertenencias intactas: las fuentes son diversas en la narración de este trance. Es más que probable que el padre de Abu Al-Abbas, como buen comerciante de tejidos, debió de tener algunos contactos comerciales en las costas del sur del Mediterráneo, puesto que allí se dirigía. Esos mismos contactos le proveerían, aunque sólo fuera por interés comercial, de todo lo necesario para comenzar su nueva vida en Túnez.



A pesar de estos azarosos acontecimientos, Abu Al-Abbas pudo continuar en Túnez los estudios comenzados en Murcia. Entre las escuelas coránicas que progresaban en aquellas tierras, el joven murciano escogió la de Abu Hassan Al-Shadhili, más próxima a las ideas sufíes que desde hacía casi un siglo corrían por Murcia (recuerden al ricotí Ibn Sabín y, sobre todo, a Ibn Arabí). Con este maestro marchó a la ciudad de Alejandría, que entonces era el puerto que conectaba las tierras egipcias con el Mediterráneo. Allí se recibían influencias de todo el mundo, oriental y occidental. Era el lugar ideal para la propagación de las ideas en el mundo islámico. A esto no eran ajenos los musulmanes que huían de la expansión cristiana en Al-Andalus: la ciudad bullía de intelectuales venidos de las tierras hispanas. Al-Shadhili pronto hizo escuela en esa ciudad portuaria, secundado por Abu Al-Abbas, sistematizando e introduciendo el sufismo en Egipto, al poner las bases de la Shadiliya, que más tarde florecería con sus discípulos Abu Al-Abbas Al-Mursi y Ahmad Ibn Ata'illa, hasta llegar a nuestra época con recobrado vigor. El Shadhili fue llamado en Egipto Sihabadín, que significa “La llama de la religión”, por su fervor en la predicación de sus doctrinas.

El sufismo

El sufismo es una corriente del Islam de carácter ascético, una forma de espiritualidad denominada “tasawuf” en árabe, y nacida entre los siglos VIII

y IX para revivir el mensaje del Profeta mediante la introspección en el contenido de la revelación coránica. Dicen sus seguidores que el sufismo se resume en el versículo “En verdad, de Dios somos y a él regresamos”. Tanto lo profesan fieles de la rama sunní como de la chií. El sufismo admite muchas y variopintas definiciones, de tal manera que en la actualidad no está claro su auténtico significado, entre ascetismo y conocimiento filosófico, sin dejar de lado la veneración popular por los santos. Lo que está claro es que comenzó siendo un camino de búsqueda de Dios, a través de la purificación interior, incluso en modos de vida y costumbres, llegando a la sabiduría en forma de pureza por el estudio y la observación del mundo a través de los sentidos. En este sentido, el sufismo tiene mucho que ver con las enseñanzas de Platón acerca de la realidad en contraste con el mundo que percibimos, ejemplificado por el sempiterno Mito de la Caverna. Pero el sufismo siempre busca más allá. El sufismo arranca desde los primeros años del Islam, siendo sistematizado y propagado, con formas literarias y científicas, en el siglo XIII por diversos personajes, entre los que destaca el famoso murciano Ibn Arabí. Coincide este auge con la revalorización del mundo árabe tras la conquista de Jerusalén por Saladino. Los seguidores del sufismo se organizan en cofradías o “tariqas”, dirigidas por un guía espiritual, con un sistema jerárquico de disciplina y autoridad, sujeto a diversas prácticas espirituales.



Yacimiento islámico de San Esteban. Años después de su excavación, todavía está por ver el destino que sufrirá este barrio murciano del siglo XIII



Restos de la muralla y torre aneja, del siglo XII, junto al Mercado de Verónicas en Murcia

Ha influido en todas las manifestaciones culturales, propias y foráneas, desde la música y la danza hasta la literatura.

Es posible que en Egipto un alto porcentaje de fieles sigan estos preceptos, aunque en grados distintos. Parece ser que hay unas setenta órdenes repartidas por todo el país. Las principales ramas son la Shadhiliya (fundada por Al-Shadhili y Al-Mursi), la Burhamiya, la Rifaiya y la Ahmadiyya. Son muy populares los “mulid”, una especie de romería o peregrinación a los lugares relacionados con los santones fundadores, especialmente las tumbas, como la de Abu Al-Abbas de Alejandría, para recordar su doctrina. En muchos lugares el momento culminante, más conocido por el mundo occidental, es el “zikr”, un baile acompasado por invocaciones repetitivas e hipnóticas del nombre de Dios, acompañadas por música, durante el que los danzarines entran en trance, normalmente dando vueltas sobre su propio eje.

El sufismo cree que todo se integra en lo divino y participa con mayor o menor intensidad en esa divina corriente de amor, al modo como el Estoicismo griego y romano proclamaba: la Divina Providencia. Hay en el sufismo cierto ecumenismo:

en toda religión existe algo que coincide con el sufismo. Así, en el cristianismo florecieron los místicos y, sobre todo, aquella contracorriente mística de los Alumbrados, a finales del siglo XVI en Castilla, que pretendían participar de la naturaleza divina sin intermediarios y no reconocían autoridad ninguna, ni religiosa ni terrenal. Todo esto los conecta con los salidíes a través de los moriscos, como sostiene Miguel Asín Palacios.

Aunque muchas de las enseñanzas del sufismo coinciden con la primera etapa de predicación de Mahoma, antes de que lanzara la primera guerra santa, sigue siendo perseguido por ciertos grupos de poder, acusado de idolatría por crear “santos” (no hay más que abrir los ojos y revisar las hemerotecas). A todo esto no es ajena la elaborada síntesis de religión y filosofía griega que hace el sufismo desde sus orígenes, por esa incomodidad que causa al poder político la civilización clásica. También sufre cierta incompreensión en Occidente, al banalizar en muchos ámbitos al sufismo como objeto de mercantilismo esotérico. Pero todo apunta a que, a pesar de las críticas, incompreensiones y persecuciones, las enseñanzas de Ibn Arabí y sus seguidores sobrevivirán en las peores épocas de la Humanidad junto a Platón y Aristóteles.

El-Mursi

De El-Mursi no sobrevive escrito alguno. Las noticias, anécdotas y preceptos que de él se cuentan las transmitieron sus discípulos, se supone que escuchadas de él directamente, algunas, y otras ya pertenecientes a la tradición oral del sufismo. Según él mismo contaba, siendo niño acudió a un espectáculo de sombras chinescas en una plaza de Murcia. Al día siguiente se lo comentó a su maestro y éste le contestó: “¡Ay de aquel que admirado contempla las imágenes de las sombras, cuando él mismo es una sombra!” Esto le produjo bastante impresión y le obligó a meditar sobre lo que perciben nuestros sentidos y las ideas reales que subyacen. Esto supone, todavía en Murcia, el germen de su pensamiento y un curioso enlace con la milenaria filosofía de Platón. Es de destacar que en esos años Murcia, y en especial el cercano Valle de Ricote, albergaba una productiva escuela de pensadores, de la que el ricoteño Ibn Sabín era, al parecer, el máximo exponente tras la marcha de Ibn Arabí.

Ya en Túnez, como dijimos antes, Abu entabló conocimiento del sufi Al-Shadhili y se hizo discípulo suyo. Tuvo que huir a Egipto con su maestro, posiblemente perseguido por los más puristas del Islam tunecino, llegando en principio a Alejandría, una ciudad más tolerante con las nuevas ideas. Allí Al-Abbas se casó con la hija de su preceptor y heredó las riendas de la escuela sufi tras la muerte de éste, en 1258. Entonces decidió realizar su ansiado viaje a La Meca, cuando ya antes había dicho: “El mérito no debe ser completar rápidamente un largo viaje atravesando tierras y ciudades y presentándose en La Meca, sino más bien en dejar atrás las malas cualidades del alma sensitiva para presentarse inmediatamente ante su Señor”. Estas palabras dan una certera idea del pensamiento introspectivo, meditativo y ascético de El-Mursi y sus seguidores, que no se fía de las percepciones habituales de los sentidos, sino que interpreta el mundo hasta llegar a la más honda verdad. Su fama de sabio crecía durante el viaje, y a la vuelta fue aún más venerado, pues muchos fieles ya veían en él a un santo. Pero El-Mursi era esquivo con los honores, pues la sencillez y la sobriedad eran su ley de vida, no exactamente la pobreza, sino algo más digno, llevado entre el silencio y el recogimiento para favorecer la meditación ascética. Tampoco se trataba de un maestro carismático, sino que vivía con sencillez entre los demás vecinos de Alejandría y era totalmente accesible a todos los que lo buscaban, sin engreimientos ni soberbia. Abu Abbas El-Mursi murió en 1287, pero en ese momento surgió su leyenda, que se extiende hasta nuestra época engrandecida por las



Restos del arco de un oratorio o “mirhab” del Alcázar Nasir, de Murcia, en el interior de la Iglesia de San Juan de Dios. Desde el siglo XII este enclave era la residencia principal de los reyes de Murcia. Muy cerca de este elemento han sido descubiertos varios sepulcros de príncipes murcianos, entre ellos posiblemente el de Ibn Mardanís, el legendario “Rey Lobo”

buenas gentes de su ciudad de adopción, habiendo nacido en Murcia sesenta y ocho años antes.

Fue sepultado en un nicho, cubierto tan sólo con un sudario y mirando hacia La Meca, como es preceptivo, en el istmo que ahora une la ciudad con la isla de Faro. El baraka de su sepulcro alcanzó a todo el territorio de la legendaria isla de Alejandría, produciéndose ciertos hechos “milagrosos”, o concesiones del santo a los simples mortales. Entonces las buenas gentes comenzaron a organizar peregrinaciones hasta su tumba para musitar oraciones y plegarias ante el sepulcro del asceta murciano. Posteriormente Zein Al-Dinar, uno de los más poderosos mercaderes de la ciudad, tal vez favorecido en una de esas peregrinaciones, ordenó que se construyera un mausoleo con cúpula sobre la tumba de El-Mursi, y una mezquita anexa, como recinto más digno de ese venerable personaje,

aunque dio la orden de excavar también una tumba para él mismo cerca del venerado maestro. Corría el año de 1307 de la era cristiana. Ya antes del año 1500 la mezquita y el mausoleo exigieron ciertas reparaciones, por amenaza de ruina. En 1596, otro personaje opulento financió unas obras de ampliación y remodelación, para hacer más hermoso el mausoleo, y también se construyó una tumba junto al santo. Las últimas reformas importantes datan de 1863, cuando se le dio a la mezquita-mausoleo y a la amplia plaza de alrededor el aspecto del que gozan en la actualidad, limpiándola de construcciones que afeaban el entorno del edificio principal.

La noche sobrevuela el alminar del templo mientras vuelve el silencio desde un mar cercano, entre un olor a sal, sobre la ciudad fundada por Alejandro el Grande, la de las Cleopatras, los Ptolomeos, Calímaco, Hipatia y tantos otros. Ahora Alejandría también venera con orgullo al que llaman El Murciano, por haber vivido y enseñado allí. Durante el año 2019 ha de cumplirse el octavo centenario del nacimiento de Abu Abbas El-Mursi. Los fastos en Alejandría serán, probablemente, muy dignos. En el lugar en donde nació, ya veremos.



Interior del Monasterio de Santa Clara, en Murcia. Como puede apreciarse en esta foto, todavía se conservan bastantes elementos arquitectónicos del palacio reconstruido por el rey Ibn Hud a principios del siglo XIII

Bibliografía

- ASÍN PALACIOS, M.: 1990. *Salidies y alumbrados*.
- BÁRCENA, H.: 2012. *Sufismo*.
- BOTÍAS, A.: *La mezquita más bella de Alejandría, para un murciano*. Artículo publicado en el diario La Verdad, Murcia, el 21 de mayo de 2017.
- CARMONA, A.: 2005. El Valle de Ricote en época andalusí. En: *Actas del III Congreso Turístico Cultural del Valle de Ricote*.
- CRUZ HERNÁNDEZ, M.: 1985. *El pensamiento del mundo islámico*.
- DE LOS REYES, A.: 2005. *De san Fulgencio a Paco Rabal (biografías de murcianos)*.
- GONZÁLEZ CASTAÑO, J.: 2009. *Breve Historia de la Región de Murcia*.
- HELMINSKI, K. E.: 2002. *Presencia viva. El camino sufí*.
- ORTEGA LÓPEZ, D.: 2003: El Valle de Ricote en el siglo XIII: plenitud y cambio. En: *Actas del II Congreso Turístico Cultural del Valle de Ricote*.



Ibn Sabín, Sufí de Ricote

José Luis Tudela Camacho

De la misma época, contemporáneo y aun coetáneo de El Mursi es el místico sufí Ibn Sabín Al-Ricotí (“El Ricoteño”). Parece que Ibn Sabín procedía de una familia hispanomusulmana de gran linaje y posición socio-económica bastante acomodada: su padre llegó a ser alcalde de Murcia y un hermano suyo fue un alto funcionario en varios reinos de Al-Ándalus. Ibn Sabín fue educado desde sus tiernos años adolescentes en el seno de la escuela de sabios de Ricote, donde le enseñaron amplios conocimientos en variadas disciplinas: humanidades, estudios coránicos, jurisprudencia y, según algunas fuentes, también medicina. De hecho, destaca entre sus maestros Isaac Ibn Mará Ibn Arif, filósofo de pensamiento neoplatónico, que supo inculcar en Ibn Sabín la filosofía sufí. Es también el principio filosófico que movió a El Mursi: nuestros sentidos a veces nos engañan en la percepción de la realidad, para ver más allá hay que mirar con los ojos del alma. También en ese momento floreció la figura del otro El-Ricotí, el gran sabio admirado por Alfonso X. Pero ésta es otra historia.

Debido seguramente a las mismas causas que su contemporáneo Abu Abbas, Ibn Sabín se vio obligado a marcharse de Murcia durante la ocupación castellana (años cuarenta del siglo XIII), y nunca más regresó, aunque por lo visto siempre albergaba esperanzas de volver a su tierra. En principio no se exilió demasiado lejos, concretamente a Ceuta, todavía en manos de los almohades. Allí, con sus primeros discípulos, que lo acompañaban desde Murcia, fundó la secta sufí de los sabínies, que tuvo su auge en el mediterráneo oriental. Su ascetismo y sus enseñanzas fueron tan apreciadas en Ceuta que el gobernador de la ciudad le trasladó las preguntas sobre filosofía que Federico II Hohenstauffen, emperador *sui generis* y fundador de la Universidad de Nápoles y la Escuela Poética de Sicilia, había formulado desde su sede de Palermo al califa almohade Ibn Rasín. Pensando en contestarlas, Ibn Sabín escribió “Las Respuestas (o

Cuestiones) Sicilianas”, que en realidad es un manual de filosofía para sus discípulos. En esta obra Ibn Sabín expone sus controvertidas ideas sobre filosofía y religión.

“Las Respuestas Sicilianas” causaron un grato impacto en el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hasta el punto de que envió regalos y su más rendida admiración a Ibn Sabín que, sin embargo, se vio obligado a abandonar Ceuta debido a la persecución de sus ideas, ya al descubierto, por la intransigencia de los almohades. El Ricoteño comenzó un periplo con sus discípulos por algunas localidades del norte de África: Babes (actualmente, el Peñón de Vélez de la Gomera), Bujía (en donde conoció a su principal discípulo, el poeta de Guadix Al-Shushtari), Túnez y El Cairo, hasta que llegó a la ciudad de La Meca, en donde trabó amistad con varias personas influyentes y lo dejaron vivir en paz. En esta ciudad de Arabia siguió enseñando filosofía dentro de su corriente sufí y aportó también grandes servicios (hay noticias de que llegó a convertirse en un reputado médico) que lo hicieron amigo del gobernador de La Meca y del rey del Yemen. Durante su época en Arabia se dedicó con frecuencia a criticar a otros pensadores árabes, sobre todo a Averroes, a cuya “leyenda negra” contribuyó con sus escritos contra la filosofía aristotélica que el sabio cordobés quiso adaptar a los nuevos tiempos. Murió en La Meca en 1270; dicen algunos que se quitó la vida por deseo de reunirse con Dios.



Es muy posible que bajo estas ruinas se encuentren los restos de la mezquita de Ricote

Curiosamente, a pesar de vivir en La Meca hasta su muerte, no quiso realizar la preceptiva peregrinación hasta la Kaaba porque no era partidario de ese anacronismo, atreviéndose incluso a afirmar: “Son como asnos. Sería mil veces mejor participar en los ritos místicos que dar esas vueltas”. Por manifestaciones como ésta El Ricoteño fue incluido por el exégeta coránico Ibn Katir en la lista de los nueve mayores impíos del Islam durante el siglo XIII.